

*Cap. 4*

## SUEÑO DE MERENGUE

*Me vuelvo a la derecha  
me vuelvo a la izquierda  
doy vueltas completas  
en mi sueño de merengue.*

*El pie adelante  
el pie detrás  
con las estrellas trémulas  
en mi sueño de merengue.*

*Giro al este  
giro al oeste  
bailo toda la noche  
en mi sueño de merengue.*

*Abro los ojos  
tiemblo y me deslizo  
las rodillas se me doblan  
se esfuman mis sueños.*

**E**N LA REPÚBLICA DOMINICANA, LA MÚSICA SE nos mete en la sangre desde la cuna, y sale de nosotros en brillantes colores, en púrpuras y en rojos que giran por doquier. Nos despertamos con merengue y nos vamos a dormir con salsa. Entre pausas suspiramos ante los melancólicos sonidos de la bachata campesina.

En nuestro vecindario las casas de madera están unas junto a otras con cada color del arco iris. Nuestras radios cuelgan como pájaros negros en las galerías para advertir a los transeúntes de que hay alguien en casa y para mover los pies. Por la noche, el merengue suena con la fuerza suficiente como para que tiemblen las estrellas en el cielo.

Aquí, a nadie le gusta más bailar que a mi papi. Merengue, bachata, salsa... Papi ejecuta cualquiera de estos bailes con tal gracia que mirarle girar y deslizarse por la galería te hace pensar que la música vive en sus pies y lo hace flotar.

Dos veces al mes, los días que Guario cobra, celebramos una pequeña fiesta en nuestra galería. Mami hace una gran olla de sancocho con jugosos pedazos de puerco y de pollo y montañas de yuca y plátanos. Yo me siento en el suelo y pelo unas cien chinas, las na-

ranjas más dulces de todas, para hacer jugo de naranja. Cuando termino estoy rodeada por una pirámide de cáscaras de naranja que se enroscan y se elevan hasta la altura de mi cuello.

Papi coloca sillas en la galería. Cualquier silla o incluso una tabla de madera, que pueda colocarse entre dos bloques de cemento sirve. Papi manda a Roberto al colmado para comprar botellas de ron Brugal y Coca-Colas. Entonces papi se baña en el río y vuelve con aspecto inmaculado, vistiendo camisa y pantalones limpios y con su oscuro pelo rizado peinado hacia atrás tan esmeradamente, que se pueden ver los dientes del peine en él.

Pero cuando la fiesta comienza, el pelo de papi vuelve a rizarse, cada uno apuntando en una dirección distinta, una rebelión de su primaria raza africana que triunfa sobre su sangre española.

A mí me encantaban estas fiestas y al mismo tiempo las odiaba. Me encantaban porque todo el mundo era feliz y me llamaban mi amor y cariño durante todo el día. Era como si los ángeles de Dios volaran bajo por encima de la isla. En los días de fiesta, la gente olvidaba los tejados con goteras, las fábricas que cerraban, o los turistas que no venían este año, y lo mucho que echaban

de menos a maridos y a hermanos que trabajaban duro en Nueva York y que enviaban dinero a casa por la Western Union. En los días de fiesta, ¡no había problemas!

Y la razón por la que odiaba las fiestas era porque yo era la única persona de esta isla incapaz de bailar. Créeme, lo intentaba. A veces giraba en el sentido equivocado, a veces lo hacía demasiado deprisa y casi me caía, a veces giraba y no podía encontrar a mi pareja, que me buscaba en otra dirección.

En mis sueños yo bailaba como un hada, suavemente y del modo más bello del mundo, con vestidos que flotaban en torno a mis rodillas. Pero en nuestra galería yo era como un pez varado en la arena. Daba igual con cuánto interés saltara y me esforzara, no conseguía nada.

La parte peor era la gente que decía: «Tú no puedes ser la hija del señor Hernández; él baila como el viento. ¿Pero qué te pasa?».

En lugar de bailar, yo me escondía detrás de la mesa de madera, que crujía bajo el tremendo peso del sancocho de mami y de las ollas de nuestros vecinos repletas de arroz con pollo. Servía comida a cualquiera que se detuviera junto a la mesa, llenaba vasos de jugo y cambiaba los casetes de la radio. Acunaba a los niños en mi

regazo y les cantaba canciones. Y miraba y miraba para ver si podía aprender el secreto del baile.

Miraba con toda la atención mientras papi colocaba un hibisco rojo detrás de la oreja de mami y la hacía dar vueltas y vueltas en la galería. Los pies de mami volaban entre las piernas de papi: parecía que nunca tocaban el suelo. Iban hacia afuera, hacia adentro, a la izquierda y a la derecha en giros incesantes, deslizándose como si tejieran una malla de luz de estrellas con polvo musical.

Papi se convertía en una persona completamente distinta. No era ya en absoluto el vozarrón en la silla de la galería, sino el ángel de la danza. Era la luna azul que destellaba en el cielo nocturno. Era un hombre risueño y apuesto, casi tan apuesto como Guarío. Todo el mundo lo miraba como si no pudieran creer que el señor Hernández fuera humano y no una estrella caída del cielo que decidiera divertirse un poco antes de volver a subir. Era misterio y magia, y durante estas fiestas yo quería tanto a mi papi que podía ver lo que mami veía en él —un soñador, no un bebedor. Un bailarín, no un borracho.

Una noche, durante la fiesta, papi se detuvo en mitad de una canción y miró directamente hacia mí. Extendió una mano como un príncipe y dijo:



—Ven, muchacha, baila con tu papi.

Yo sacudí la cabeza, negándome. Mis mejillas ardían de vergüenza, y la vergüenza llenaba mi cuerpo haciéndome cosquillas en los dedos de los pies.

Papi me contempló durante algunos segundos más: probablemente yo era la única persona en el mundo que había rechazado bailar con él.

A la mañana siguiente, papi no se sentó en su silla de la galería después de desayunar. En lugar de ello se puso un par de pantalones limpios y me dijo:

—Ven aquí, Ana Rosa. Hoy vas a aprender a bailar.

—Papi, no me gusta bailar —dije, mientras lavaba los platos. Papi emitió una risa entrecortada y contestó:

—¡Pero oye eso, Dios mío! —se quejó, levantando la vista al techo galvanizado de nuestra casa—. No le gusta bailar.

Volvió a mirarme entonces y sentenció:

—Sólo los tontos no disfrutan de lo que Dios otorga tan generosamente.

Era la primera vez que papi me hablaba de esta manera. Normalmente me pedía que le trajera un vaso, un poco de hielo o un plato de comida; a veces, cuando estaba contento porque tenía dos copas en el cuerpo, se reía y tiraba de mi cola de caballo mientras yo pasaba.

Pero esta mañana todavía no había tomado ninguna copa y su aspecto era muy serio. Tan serio como el de Guarío.

—Ponte los zapatos, Ana Rosa —insistió papi—. Vamos a bailar.

Al principio papi puso un merengue, pero decidió que era demasiado rápido. Entonces puso otros merengues más lentos, otros de compás más marcado, piezas divertidas. Ninguno funcionó. Mis caderas se desviaban cuando debían balancearse y las rodillas se me doblaban como las articulaciones de una marioneta. Nos trasladamos de la galería del frente a un patio lateral donde nadie podía vernos.

—Siente la música, Ana Rosa —dijo papi.

—No sé cómo, papi —gemí—. No es un árbol ni una flor; es como tratar de sentir el mar. Siempre se me escapa.

—Entonces escucha las palabras —insistió papi—. Tú amas las palabras; escúchalas y baila con ellas.

Parecía un buen consejo, pero me di cuenta inmediatamente de que las palabras no me ayudarían; era incapaz de bailar con las palabras del mismo modo que era incapaz de encontrar el ritmo que parecía calar en todo el mundo tan secretamente menos en mí.

Durante toda la mañana papi intentó enseñarme a bailar, pero cuanto más empeño ponía, más se enredaban mis pies con los suyos.

—Es inútil, papi —dije, al borde de las lágrimas.

—Date por vencido, papi —dijo Ángela que nos contemplaba desde la ventana de la cocina.

—Nunca —dijo papi—. Aprenderá. Lo único que tenemos que hacer es encontrar la forma de que sienta la música.

Entonces papi se paró en mitad del patio, yo tropecé y casi me caí.

—¿Qué pasa? —pregunté.

—Ana Rosa —susurró papi—, pero ¿te *gusta* la música?

La cara de papi me hubiera hecho reír si no me hubiera sentido tan mal.

—Sí, papi, sí —respondí—, adoro la música.

Los hombros de papi se relajaron mientras dejaba escapar un gran suspiro.

—Casi creo que no eres dominicana, cara —dijo con una sonrisa deslumbrante.

Le devolví la sonrisa.

—Está bien, vamos a tomar un descanso. Necesito pensar en esto —dijo.



Papi volvió a la galería y yo entré para ayudar a mami y a Ángela a limpiar el desorden de la fiesta.

Al día siguiente, cuando volví a casa de la escuela, papi me estaba esperando en la galería. Pero no tenía ni botella ni vaso en la mano. Y cuando me dijo hola no noté olor a ron.

—¿Qué pasa? —pregunté suspicazmente.

—Cámbiate de ropa, cara, y vámonos.

—¿A dónde? —pregunté.

—Ya verás —respondió papi. Me metí en la casa y mami me dio unos shorts, una camisa y mis zapatillas.

—¿Qué pasa, mami? —pregunté—. ¿Dónde me lleva papi?

Mami se limitó a sonreír y contestó:

—Ya verás.

Mami nos despidió agitando la mano desde la galería: papi y yo andábamos ya por el camino de tierra.

Las preguntas giraban en mi cabeza, pero yo sabía que en ocasiones, a pesar de todas las preguntas que puedas hacer, los adultos no van a contestarte. «Ya verás» son las palabras rituales para «es una sorpresa», y una de las cosas que no me explico es por qué creen que queremos ser sorprendidos todo el tiempo.

Papi y yo anduvimos el camino hasta que llegamos

a la playa de Sosúa. Me encantan las playas, y ésta era la más bella de todas las playas de nuestra isla. Está cerca de casa y la arena es de un blanco glorioso que te quema los pies al mediodía. El mar, muy azul, es tan claro que puedes ver perfectamente el fondo, incluso cuando el agua te llega a la altura del cuello.

—¿Vamos a la playa, papi? —pregunté.

Papi sonrió, asintió con la cabeza y respondió:

—¿Te encanta el mar, verdad? —respondió.

—Sí, papi, me gusta el mar más que ninguna otra cosa.

Papi, asintiendo, añadió:

—Es lo que pensé.

Yo no lo entendía, pero tan pronto como vi el agua y las olas, me sentí tan feliz como siempre.

Cuando llegamos al borde del agua papi se detuvo, se sacó los zapatos y dijo:

—Ahora, cariño, vamos a sentir la música del mar. Me quité también las zapatillas y chapoteé en el agua.

—No, no vamos a meternos —dijo papi—. Ven aquí. Me acerqué a papi y lo miré, confundida.

—Escucha el mar —dijo papi—. Cierra los ojos y escucha el mar.

Hice lo que me decía. Era fácil porque lo hago todo

el tiempo: adoro los sonidos del mar. Es como una orquesta especial que toca una música propia.

—¿Oyes la música, Ana Rosa? —preguntó papi.

Asentí con la cabeza: ningún problema en absoluto.

Escuché el retumbar de las olas que rompían contra las rocas, y escuché el susurro de las olas que se deslizaban sobre la arena, y el silbido del viento volando sobre el agua.

Papi, entonces, tomando mis manos entre las suyas, dijo:

—Ahora cierra los ojos y bailemos.

Al principio me sentí rara bailando con mi papi en la playa. Pero según escuchaba el mar comencé a sentir la música en mis pies y en mi corazón y en torno mío.

—¡Papi, estoy bailando! —quería gritar mientras papi me hacía girar en la arena. Mis manos se separaron de las suyas y giré y giré y entonces mis manos volvieron con suavidad a las de papi. Los dedos de mis pies salían y entraban en la arena, iban a la izquierda, a la derecha y alrededor. Yo era un globo que finalmente se había liberado de su cuerda.

La música del mar continuó y continuó y papi y yo danzamos hasta que el sol se sumergió grande y naranja en el borde del océano.

Al final de nuestro baile, los vendedores de la playa que estaban recogiendo para retirarse se detuvieron y aplaudieron.

Papi, tomándome de la mano, hizo una reverencia. Yo no podía dejar de reírme mientras volvíamos andando a casa. “¡Puedo bailar!” quería gritarles a todos los que nos cruzábamos.

Cuando llegamos a casa, mami estaba esperando en la galería con dos vasos de jugo de lima.

Papi le hizo un guiño: el rostro de mami enrojeció y yo me reí. Entonces papi conectó la radio y extendió su mano hacia mí.

Comenzamos a bailar, y yo empecé a sentir lentamente que el merengue se introducía en mis huesos dominicanos exactamente del modo en que se suponía que debía hacerlo. Mami, sentada en la galería, nos miraba siguiendo el ritmo de la música con los pies.

Papi y yo bailamos mientras la redonda luna llenaba el cielo de luz. En ese momento, mi papi era todo lo que yo siempre había querido que fuera.